

EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 58

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUSVIELA

EL SIGLO

Ejemplo digno de imitarse

Hace ya tiempo que el hacendado señor don Domingo Ordoñana se dedica con solícito esmero a fomentar la riqueza de la campaña; y el conocimiento práctico que ha adquirido de las condiciones de este país y de las conveniencias de la ganadería y la agricultura del mismo, a la vez que presta autoridad a sus apreciaciones, le habilita para acometer empresas que redunden al mismo tiempo en beneficio de los intereses públicos y de los suyos propios.

Recientemente ha resuelto el señor Ordoñana establecer en la costa del Uruguay un centro agrícola y fundar una villa que debe llamarse *Villa Alejandrina*.—En el periódico *La FERIA* que se publica en Dolores encontramos una interesante carta dirigida al director del mismo por el señor Villegas Zúñiga que está levantando los planos para la fundación de dicha villa; y nos ha parecido que puede haber utilidad en reproducir dicha carta, para que sirva de estímulo a las personas que se encuentran en posición de iniciar empresas semejantes.—Muy bueno es sin duda que el Estado propenda a favorecer y fomentar la colonización agrícola; pero mejor sería todavía que los particulares acudidos, y principalmente los que son poseedores de extensos campos imitasen el ejemplo del señor Ordoñana.

Hé aquí la carta del señor Villegas Zúñiga:

CENTRO AGRICOLA

DIGNO DE IMITARSE POR LOS QUE PUEDAN HACER COLONIZACION PARTICULAR

Villa Alejandrina, Julio 16 de 1888.

Sr. Director de *La FERIA*.

Dolores.

Mi estimado amigo:

Aunque no tengo tiempo disponible ni para poner los puntos sobre las *ies*, sin embargo suspenso por un momento mis tareas para cumplir con mi promesa de escribirle algunas líneas desde este pintoresco paraje.

Aquí me tiene pues Vd. ya, levantando planos, haciendo cálculos, trazando líneas y señalando puntos en estos extensos y valiosos campos de propiedad del Dr. D. Domingo Ordoñana.

Pronto pues, muy pronto, el país contará con una preciosa Villa mas y con un nuevo Centro Agrícola que ofrecerá grandes y positivas ventajas a los que vengan a cultivar sus tierras.

La Villa se denominará *Alejandrina*, nombre de la estimable señora del doctor Ordoñana, y el Centro Agrícola se llamará «19 de Abril», aniversario del desembarco de los 33 patriotas orientales.

Para mí una descripción completa del hermoso paisaje que se presenta a nuestra vista desde la cumbre de la colina en que tendrá su asiento la Villa, ó desde los puntos mas elevados del Centro Agrícola, sería muy superior a mis fuerzas, y como solo me es dado poder transmitir a usted algunas notas de estos históricos parajes, así como de la empresa del señor Ordoñana, me limitaré a ellas.

Colocado un observador en sus más elevadas colinas descubre en todas direcciones el espléndido panorama que ofrecen los bosques de la Agraciada, el pintoresco Río Uruguay, las islas Argentinas, y las verdes y doradas campiñas de sus cercanías.

Todo invita a pasar una temporada agradable por acá, particularmente a los que le gusta la campaña y son amantes de la naturaleza.

Yo considero estos campos, por su situación geográfica sobre el río Uruguay, por la especialidad de sus tierras, por sus bosques, etc. etc., de los más importantes de la República.—Consta su área de 6,000 hectáreas (tres cuartos de estancia aproximadamente.) Tiene de frente al río Uruguay 10 kilómetros (como dos leguas) y cuenta con los mejores puertos sobre este río.

Y es una gran zona de estos campos que el doctor Ordoñana ha destinado para la Villa y Centro Agrícola a que hago referencia; distantes como 5 kilómetros del puerto principal del Uruguay.

Hay pues, fundada razón para creer que un Centro Agrícola en este punto pueda prosperar rápidamente.

Baste decir, para convencerse de su inmediato porvenir, la preferencia que se da a los cereales de esta sección, no solamente por su calidad, superior a las de otros departamentos, sino por las ventajas que obtienen los acopiadores en el transporte de estas producciones.

Hoy, según me asegura el señor Gianelli, fuerte acopiador de trigo, lo mismo cuesta el flete de un buque desde el puerto de Montevideo al de Río Janeiro, que desde Palmira ó Agraciada a ese puerto del Brasil, que es para donde se exporta la mayor parte de nuestros cereales.

En todo el corriente mes quedarán terminados los trabajos de delineación, etc., etc., y se anun-

cia una gran fiesta por los vecinos de la Agraciada, que será dedicada a su iniciador y fundador el progresista hacendado doctor don Domingo Ordoñana.

Sintiendo no abundar en mas detalles, por la premura de tiempo, me repito su afmo. amigo y S. S.

E. Villegas Zúñiga.



BANCO NACIONAL DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

CAPITAL: \$ 12.000.000

MONEDA NACIONAL ORO SELLADO

Servicio de la Deuda Amortizable

Cuota correspondiente al mes de	
Junio p.pdo.	\$ 18.607 78
Saldo del servicio anterior.	31 81
	\$ 18.642 62

El 28 del corriente, á las 12, tendrá lugar la apertura de propuestas para la amortización de títulos de dicha Deuda hasta la cantidad de 18.642 \$ 62 cts. en efectivo, que corresponden a este servicio.

Se previene que los proponentes deben asistir al acto y que se exigirá, cuando se considere necesario, la presentación previa de los títulos que se ofrezcan a la amortización.

Montevideo, Julio 23 de 1888.

Daniel Muñoz, Secretario.

jl-23

HECHOS Y RUMORES

Dado de baja.—Ayer fué dado de baja el soldado Horacio Gonzalez del 3.º de Cazadores, brasiero de nacionalidad.

Este individuo que habia servido dias atrás en la policía y cuerpo de serenos del Salto, después de haber trabajado como peon en la estancia de Córdoba, ex-jefe político de ese departamento, se presentó el mes pasado al batallón 3.º según los datos que personalmente nos ha suministrado el oficial señor Olivencia. Este mismo nos ha dicho que Gonzalez era tenido por oriental en el cuartel, dado que nunca dijera lo contrario.

Gonzalez se hallaba en la sala núm. 2 de la enfermería del cuartel desde pocos dias de su ingreso al cuartel.

Anteayer cuando los periodistas brasileros visitaban el cuartel, hallándose en la sala citada, el soldado Gonzalez se dirigió al señor Pederneras y le reclamó su protección diciendo que allí se le tenía a la fuerza y que era brasiero.

—¿Porqué no se ha quejado al ministro?—le dijo Pederneras.

El periodista brasiero observó una conducta reservada, mostrándose frio con el reclamante. Pero antes de partir dirigió al Presidente de la República una carta pidiéndole ordenara la baja de Gonzalez, si era cierto lo que éste habia afirmado.

El coronel Andreu, jefe del 3.º, lo hizo dar de baja como decimos mas arriba, enviándolo al Ministro brasiero señor Ponte Ribeiro. Le hizo tambien pagar sus haberes como soldado hasta Julio inclusive.

Agregaremos, según los datos que galantemente nos ha hecho facilitar el coronel Andreu, que el soldado Gonzalez no tenia comprobantes que acreditasen su calidad de brasiero.

No terminaremos sin agradecer al coronel Andreu la atención con que se ha servido darnos las explicaciones que damos en las líneas que anteceden.—(*La Epoca*)

Multados.—Aunacion (Paraguay) Julio 20.—Previo aviso de la mesa de registro, fué impuesta la multa de \$ 50 a cada uno de los patachos *Concepcion* y *Cármen*, procedentes de Montevideo con cargamento de carbon a la consignación de los señores Fracchia y Tiscornia, por falta de visitación de sus papeles por su consulado respectivo.

La ofrezco mi blanca mano.—A fines de Junio proximo pasado, visitó la ciudad de Concepcion, en Chile, la princesa Lois Tafaota Salmon, hija de la reina Pomare, de Taiti, y heredera de la corona de aquella nacion de la Oceania.

La princesa llegó a Talcahuano en el vapor alemán *Totmes* con destino a Valparaiso. En aquel puerto la espera su clipper *La Paloma*, una embarcación a vela, que la conducirá a su tierra.

Dice un diario chileno:

«La señorita Lois ha viajado por Europa durante cinco años y se encontró en el jubileo de la reina Victoria de Inglaterra. Habia los principales idiomas modernos con toda perfección y es muy versada en ciencias y literatura. Sus cualidades físicas no son menos atraentes que las morales. La princesa es muy simpática y muy joven, pues no tiene mas que 22 años de edad. Su color es de un pálido mate, que realza su hermosura.»

Fumada colosal.—Dice *El Liberal*, de Madrid:

«Con el título de *El Argos* se hallaba establecida en la Corredora Alta número 12, una agencia de negocios y colocaciones.

Mediante el pago de 18 pesetas, prometia el dueño de esa agencia, facilitar pasaportes para Buenos Aires. Unas 800 personas habian entregado el dinero con objeto de conseguir aquel documento. Algunas de ellas se presentaron ayer 29 en la mencionada agencia, adonde repetidas veces habian acudido inútilmente, pues el dueño excusaba su presencia, y al ver que no tenian mejor fortuna que los otros dias, comprendieron que habian sido victima de una estafa.

Para el dia 2 del mes de Julio tenia citados a todos los incautos a quienes habia engañado.

El dueño de esa agencia firmaba los recibos con diferentes nombres, unas veces con el de Pablo Higuera, otras con el de Antonio Gomez y algunas con el de Antonio Lopez.

Parece ser que este sugeto ha desaparecido de Madrid.»

Médicos.—Desde el año 1827 hasta el 4 de Junio del presente año se han recibido en Chile 550 médicos.

El primer médico chileno fué el doctor Guillermo C. Blest, recibido en 1827.

La superficie de los mares.—La total, incluyendo en ella la del Océano Antártico, que se calcula en 20.477,800 kilómetros cuadrados, al paso que la superficie total de las tierras del globo no es mas que de 136.956,370 kilómetros cuadrados.

La extensión de la superficie de los Océanos y de los diferentes mares es la siguiente:

La superficie del Océano Atlántico es 79 millones setecientos veinte mil doscientos setenta y cuatro kilómetros cuadrados, la del Océano Indico es de 73.225,872 y la de los mares del Sud, de 161.125,673, de modo que los tres grandes Océanos representan juntos una superficie de 314.172,518 kilómetros cuadrados.

La de los mares menos extensos, es la siguiente:

El Océano Glacial del Norte 15.292,111 kilómetros cuadrados, el mar Mediterráneo del Asia Austral 8.215,953, el mar Mediterráneo latino 2.885,522, el mar Báltico 441.480, el mar Rojo 449.910, el Pérsico 236.835.

La superficie total de estos es de kilómetros cuadrados 32.111,286.

Vienen en seguida los mares litorales, á saber: el mar del Norte 547.623 kilómetros cuadrados, el mar de la Gran Bretaña 203.394, el de San Lorenzo 274.270, el mar de la China 1.228.440, el mar del Japon 1.043.824, el mar de Othosk 1.505.609, el mar de Behrin 2.323.227 y el mar de la California 167.224. Superficie total de los mares litorales kilómetros cuadrados 7.295.907.

Suspension del juicio Pais-Escobar.—Ayer á medio dia (dice *La Epoca*) concurrieron los respectivos defensores en el juicio Pais-Escobar al despacho del juez doctor Montañón, con el objeto de proceder á la inculcación de los jurados que debian entender en el recurso de apelacion interpuesta por el doctor Otero, defensor del coronel Escobar.

Cuando se iba á proceder al acto referido, manifestó el doctor Palomeque que le parecia irregular se llevara á cabo el juicio de apelacion, desde el momento que el doctor Otero habia entablado al propio tiempo el recurso de casacion ante el Tribunal.

Que ya que esto ocurría, le parecia mas oportuno esperar á que el Tribunal se expidiera, pues si en el juicio de apelacion llegara á triunfar, aquel podría casar el nuevo veredicto del jurado, y anular así el acto, fatigando inútilmente á los «hombres buenos» que en él tomaran parte.

Esta opinion del doctor Palomeque fué aceptada favorablemente por el doctor Otero, decidiendo entonces ambos esperar la sentencia del Tribunal para proseguir ó terminar definitivamente el asunto.

Hasta tanto, pues, quedará en suspenso el juicio de apelacion Pais-Escobar.

La palabra arzobispal.—Buenos Aires, Julio 24.—El prelado de esta Arquidiócesis, doctor Federico Aneiros, se ha dirigido ayer al clero y sus fieles, en los siguientes términos:

«Sumo dolor nos ha causado cuanto se ha escrito en estos dias acerca de nuestros Seminarios Eclesiásticos. Publicóse un dictamen de un funcionario público en que se consideraba á los Seminarios como cualquier Colegio Nacional dependiente en el plan de estudios del Gobierno civil.

Uniformemente debió refutarse aquel documento según la doctrina de la Iglesia. Unos sin embargo algo disculparon y mitigaron la gravedad del dictamen. *La Voz de la Iglesia* sentó algunas proposiciones cuya dureza no podia desconocer y lo manifestó en las pruebas, explicaciones y respuestas que hiciera. Aquello alarmó é hizo pronunciarse decididamente en contra á órganos muy acreditados y respetables entre los católicos. Nos vemos obligados á ocuparnos de este grave asunto, ya que desgraciadamente consultados en un momento dado no pudimos con nuestro Vicario considerar y autorizar la publicación de aquellos artículos de personas de toda nuestra confianza y estimación.

En esa virtud debemos declarar que nuestro Seminario es completamente eclesiástico y se rige en todo por las leyes de la Iglesia, sin que desde su fundacion hasta el dia de hoy haya tenido otra doctrina en cuanto á su régimen y plan de enseñanza que la de la Iglesia Católica. Para mayor validez de nuestra palabra, recordaremos aquí cuánto ha enseñado nuestro actual Pontífice en esta tan importante materia y veremos que siempre sostuvo el pleno derecho de la Iglesia, propio é independiente para establecer y gobernar los Seminarios.

... Se pretende uniformar los seminarios con los Colegios Nacionales? Esto seria destruir la gran institucion de la Iglesia, concluir con los Seminarios del Clero retrocediendo á la época de la Reforma, despues de haberlos restablecido la Iglesia de acuerdo con el Gobierno al empezar el régimen constitucional en 1825.

Bastantemente hemos sostenido la necesidad de la doctrina cristiana en la educacion nacional. No lo hemos conseguido resultando que nuestras escuelas, colegios y universidades carecen de sólido fundamento, esten viciadas por su base, y se hallen heridas de muerte. Ayer no más se celebraba en una premiancion pública el ateismo y el naturalismo negando la creacion y la revelacion, Dios, los dogmas ó misterios.—Ya que deploramos tanta desgracia, no se nos quiera hacer pasar los jefes al campo enemigo, sujetando los Seminarios á tanta baja.

Se dirá que no se pretende tal cosa, sino que se adopte y haga una amalgama del plan de los colegios y de los Seminarios, trayendo á estos lo bueno de aquellos y conservando siempre el estudio de la ciencia religiosa. Pero qué union se puede esperar de cosas tan contrarias y de autoridades tan opuestas?

La Iglesia siempre enseña y nunca fué discípula sino de Dios en su sagrado ministerio. Fué maestra no solo de los clérigos, sino de todas las clases.

Asistida siempre por el Espíritu Santo sabe enseñar y formar solo ella dignos ministros de Dios, utilísimos al Estado. Conoce y estima el buen progreso, y en él hace marchar á sus soldados.

Nuestro Santísimo Padre recomienda la mejora de los Seminarios que la necesiten y que se instruyan conforme á las necesidades de la época. Se ha inspirado para esto en Aquel que mandó á su Iglesia enseñar á todas las gentes.

Creemos que se haya igualmente inspirado el autor de la Restauracion de los Estudios en los Seminarios de España que con tanta propiedad muestra los vicios de la enseñanza laica.

La destruccion de nuestro Seminario en 1822 trajo tristísimas consecuencias. Sus autores lo palparon y deploraron. El Gobierno constitucional quitó aquel estorbo á la Iglesia. Costó desde entonces estos establecimientos y por cierto que la recompensa del cielo se ha hecho notable en la asombrosa riqueza del país. Cumplió el Gobierno un deber sagrado. Hoy no tiene motivos de arrepentirse y esperamos que rechazará los perversos consejos. Nosotros tambien esperamos cumplir nuestro deber.—FEDERICO, arzobispo de Buenos Aires.—Francisco Arrache, secretario.

Metálico.—El *Minerva*, llegado hoy del Uruguay y Buenos Aires con 77 pasajeros, trajo las siguientes cantidades:

A. M. Gonzalez \$ 3170; á B. Rivera \$ 600; á Banco Inglés del Río de la Plata \$ 7550; á Vignoli, Parna y C. \$ 600; á B. Triay \$ 200; á Galli y C. \$ 400; á B. Tejada \$ 1000; á Ron y C. \$ 100; á M. de Espada \$ 7000.—Total \$ 20,620.

Matrimonios.—Han solicitado contraer enlaces los siguientes:

En la ciudad.—Mauricio Castillo, oriental, de 29 años, comerciante, con Eugenia Olbes, oriental, de 19 años; Pedro Duchini, suizo, de 24 años, herrero, con Juana Andreoli, suiza, de 20 años; Bartolomé Celestino Venturi, oriental, de 24 años, empleado, con Antonia Ponti, oriental, de 17 años; Domingo Oddo, oriental, de 38 años, militar, con Sofia Ocampos, oriental, de 26 años; Lázaro Ferrando, oriental, de 22 años, empleado, con Josefina Canessa, oriental, de 17 años.

En la Aguada.—Alberto Canepa, italiano, de 22 años, lustrador, con Luisa Rolando, oriental, de 20 años.

lentin, mozo de unos veintiseis años, robusto y bien parecido, encendió un cigarro y se acercó al fuego a secar su ropa. De pronto llegó a sus oídos un descomunal rebuzno, y levantándose precipitadamente exclamó:

—Voto val... que me olvidé de meter el jumento en la cuadra, y milagro será que no haya sucedido alguna desgracia.

Valentin se apoderó de una escopeta que había en un rincón, abrió la puerta, y una manada de lobos huyó a toda prisa; disparó y a gran distancia vio caer un bulto. Era un infeliz ceratillo, que expiró dirigiéndose al sacristán una mirada tierna y cariñosa.

—Siempre han de pagar los justos por los pecadores, murmuró Valentin al volver en busca de su jumento, ó mejor dicho, de la parte de jumento que no se habían comido los lobos; el pobre animal tenía las ancas cercenadas por los voraces hijos de las selvas. El joven le curó a su manera con el amor de un padre, y atraído por cierto olorillo a estofado que por las rendijas de la puerta salía, entró de nuevo en la cocina relamiéndose de gusto.

La dueña de la casa no estaba sola, como cuando salió, pues le ayudaba en los preparativos de la casa una muchacha que podría tener diez y ocho años, fresca y alegre como una mañana de San Juan. Negra de ojos, morena de color, airoso de cuerpo, resuelta en los modales, era un tipo tan distante del de la señorita delicada y vidriosa que parece nacida para ocupar en una rinconera el sitio destinado a las figurillas y vasos de Sevres, como del de la aldeana robustota, hombruna y molettuda que maneja alternativamente la rueca y la esteve. Al llegar Valentin, cantaba esta copla:

Me llamaste veleta
Por lo mudable,
Si yo soy la veleta,
Tú eres el aire.
Y la veleta,
Si el aire no la mueve,
Siempre está quieta.

—Muy contenta estás, Mariquita, exclamó Valentin sin atreverse a mirarla frente a frente.

—Ya se ve que sí, y mucho, contestó Mariquita.

—¡Dichosa tú que cantas y ries!

—¿Qué, no haces tú lo mismo?

—Ya no canto mas que los domingos en la misa mayor.

—Pues qué te pasa?

—¡Ay, Mariquita! Si me atreviera a decirte...

—Rooooon..., hizo la tía Sabina, que roncaba en el escaño.

—Vamos, hombre, cual es la causa de que estés triste?

Valentin escudriñó con la vista todos los rincones de la cocina, y repuso:

—Tú, Mariquita... tú: ni mas ni menos!

—El demonio tienes en el cuerpo; acabarás por hacerte desternillar de risa, dijo la joven soltando una franca carcajada.

—Rooooon..., repitió la vieja.

—¿Sabes que me caso? preguntó de pronto Mariquita.

Tienen tal encanto para las mujeres estas dos palabras—me caso,—que no bien se creen autorizadas para pronunciarlas, las repiten á troche y moche, por lo mismo que saben perfectamente que no hay otras que inspiren mas envidia, mas celos, mas deseos, mas terror, segun que se dirigen á una amiga, á un antiguo amante, á un soltero, ó á un viudo. Me caso! frase sonora, lacónica, expresiva, que las niñas se dicen muy bajito al poner el último vestido á sus muñecas, y que las jamonas no pueden oír sin una crispatura de nervios.

—Que te... fué á decir el sacristán, pero la voz expiró en su garganta.

—Que me caso con Antonio, nuestro vecino...

Valentin contemplaba á Mariquita con ojos atónitos.

—A cenar, hijos míos, que dá las ocho el reloj de la iglesia.

—Es imposible... es imposible! murmuró Valentin.

—¿Qué es lo que dices, muchacho? preguntó la tía Sabina. ¡Imposible cenar una perdiz que esta mañana nos regaló Antonio!

Sentáronse los tres á la mesa. Valentin, meditando y silencioso, hacia como que comía, pero no probó bocado; Mariquita comió poco y habló muchísimo de sus próximas bodas; y la tía Sabina, medio dormida aún, metía á tientas la mano en el plato, y entre cabezada y cabezada sepeñaba en su estómago hasta los huesos de la perdiz y mas de un cuartillo de lo tinto.

II

Mariquita subió á su dormitorio y se acostó, no con intención de dormir, sino deseosa de pensar en Antonio sin que ningún ruido viniera á distraerle; pero las meditaciones de los enamorados están, como el reposo de los enfermos, llenos de temores, de angustia y sobresalto. El viento silbaba al quebrarse en el ángulo de la casa; Mariquita se asomó á la ventana creyendo que aquel silbido era el de su amante, que, como otras noches, le advertía de aquel modo que sus arriesgadas ocupaciones de contrabandista le alejaban del pueblo. La ventisca arrecia, el frío es cruel; ¡si andará Antonio por esas montañas, expuesto á caer en un precipicio!— ¡Qué horrible debe ser la vida al lado de un marido que no nos ama!

Dos golpecitos que una mano invisible dió en la puerta del cuarto de Mariquita, hicieron temblar á ésta como si estuviese picada de la tarántula. Tapóse el rostro con las sábanas, rezó todos los santos del martirologio, quiso gritar, se propuso formalmente tener valor... y tembló todavía mas al oír nuevos golpes en la puerta.

—Mariquita! Mariquita!... dijo una voz con precaución.

La joven no contestó.

—Mariquita! repitió la voz algo mas alto.

—¿Quién me llama? articuló al fin la hermosa, haciendo un esfuerzo supremo.

—Soy yo... Valentin.

—Y qué buscas en mi cuarto á estas horas?

—¿Crees que vendría á incomodarte, si no tuviera grandes motivos para ello? Abre, no sea que nos oiga tu madre.

—Me gusta tu atrevimiento, chupa-cirios!

No hay mas sino abrir una soltera la puerta de su alcoba al primero que llegue?

—Soy primo tuyo.

—Razon mas para que eche el cerrojo.

—Te he querido y te quiero mucho.

—Aguarda, y atrancaré la puerta con la cama.

—Con que me niegas la entrada?

—Quien quita la ocasión, quita el peligro.

—Pues acércate, y por la cerradura te diré cosas que han de asombrarte.

—¡Al fin vuelves á la razón! habla, que ya te escucho.

—En primer lugar has de saber, que no eres hija de tu madre. Quiero decir, que la tía Sabina no te ha echado al mundo.

Mariquita no pudo reprimir la risa.

—Ríe cuanto quieras; pero digo y repito que la tía Sabina no te ha llevado en sus entrañas; verás como lo he sabido.—Hará cosa de quince días, fui una noche á la Iglesia; entré, cerré por dentro, y al atravesar la nave, se me planta delante, como llovía del cielo, la mismísima figura de la muerte rebujada en una mortaja blanca. Di un brinco hacia atrás, con los pelos tiesos como las puas de un erizo, y por poco me rompo la crisma contra un poste. La fantasma me preguntó con una voz chillona como el chirrido de una carreta:—

«Eres el sacristán?—Para servir á Vd., contesté casi muerto de miedo.—¿Te llamas Valentin?—Sí.—Conoces á Mariquita, la hija del difunto Pedro Gassol?—Sí.—Pues de parte de Dios te mando que le digas que su verdadero padre es un señor muy principal, que dentro de poco irá á buscarla y á darse á conocer.»

—Con cuentos te vienes? interrumpió Mariquita.

—Escúchame un momento mas. Prometí á la fantasma hacer lo que me dijo, y se fué por donde había venido, no se si por el aire ó por debajo de tierra. Al día siguiente pensé que cuanto acabo de contarte había sido un sueño, y no volví á acordarme de semejante aparición; mas hete aquí que anoche, al bajar de la torre despues de haber tocado las oraciones, me se aparece la fantasma y me dice con acento avinagrado:—¡Hiciste mi encargo?—No señor, con perdon de usted, contesté temblando.—Desgraciado! gritó poniéndome una pistola al pecho; ahora mismo mueres, si no me juras que mañana irás á ver á Mariquita.—Hice todos los juramentos que quise, y aquí me tienes que he venido á cumplir el mandato.

—Si fuera cierto! exclamó Mariquita.

—El qué, lo de la fantasma?

—No, lo de mi padre.

—Por si ó por nó, es necesario deshacer tu bodorrio.

Mariquita arrancó un suspiro de lo mas hondo de su pecho. ¿Suspiraba por Antonio su amante, su ídolo, su esperanza, ó por gozar pronto de las riquezas de su padre? Nadie lo sabe: un suspiro es un pedazo del alma, y como parte de esta esencia divina é inmortal, asciende al cielo: solo allí se saben los misterios que encierra.

III

Antonio hizo un viaje feliz. Cruzando por sendas y vericuetos que solo las águilas conocen, salvando aquí un precipicio, dejando más allá girones de sus vestidos en las agudas puntas de las rocas, burló la vigilancia de los carabineros y volvió á Andorra con el producto de su arriesgada expedición. Nada faltaba ya para su casamiento con Mariquita, diferido hasta entonces por carecer el pobre mozo de la mezquina cantidad que necesitaba para los gastos de boda.

Los días que preceden al matrimonio, son muy solemnes para los futuros consortes; parece como que sus almas se templan y purifican, á fin de que puedan hermanarse más fácilmente en la gran serie de sacrificios mutuos y de múltiples placeres que no debe de terminar sino con la muerte. Al amor inquieto, bullicioso, charlatán, ha sucedido el amor reflexivo, confiado, sobrio en palabras, que tiene en sí mismo el alimento de su llama. Los que no participan de la opinion de Molière, según la cual el hombre y la mujer se casan,

Pour avoir près de soi quelqu'un qui vous salue
D'un Dieu vous soit en aide, alors qu'on éternue,

se sienten poseídos de una dulce melancolía, al acercarse el momento de dar un adiós eterno á la vida vagabunda en que corre el primer tercio de nuestra existencia, para consagrarse por completo á hacer la felicidad de otro ser, que mitigará sus dolores con el bálsamo de sus lágrimas y aumentará sus alegrías con sus joviales sonrisas. No es el temor el sentimiento que domina en los corazones que van á unirse con un vínculo indisoluble; no es tampoco el pesar de romper antiguos hábitos de independencia lo que preocupa vivamente la imaginación; es, si se permite la frase, un exámen de conciencia en que cada cual se pregunta si sabrá cumplir los deberes de su nuevo estado.

Antonio no advirtió la tristeza que se retrataba en los ojos de Mariquita, cada vez que hablaba de su próximo enlace, ó si lo notó, creyó que era muy natural en un joven tan amante de su madre como su hermosa prometida. Sin embargo, un día, tres días antes de la boda, Mariquita no pudo contener dos lágrimas, que rodaron por sus frescas mejillas, como dos perlas por una superficie de alabastro.

—¿Qué es eso, Mariquita? preguntó Antonio.

Lágrimas siguió llorando.

—¿No me quieres ya?

—¡Si no te quisiera tanto!... exclamó Mariquita, á quien ahogaban los sollozos.

—Pero no vas á ser mia, mia para siempre?

—Escucha, Antonio... mañana acaso sería tarde...

—¡Habla!...

—Es necesario que nos casemos cuanto antes. Tu porvenir y el mio, mi vida que es tu amor, exigen que nuestro matrimonio se celebre al momento.

—No te comprendo.

—Bien: no importa. Haz lo que te digo.

—¡Me asusta esa mirada! Mariquita, ¡tu estás mala!

—Tranquilízate, me siento bien. Ahora mismo irás á ver al cura.

—Pero...

—¿No ves que me estás matando? Antonio, ¿es verdad que me amas?

—¡Oh! con todo mi corazón.

—Si yo te faltara...

—Me materia el dolor.

—Pues bien, si no nos casamos inmediatamente, dispondré á morir, yo no podré ser tuya.

—Explicame, por Dios, esas palabras.

—Ya lo sabrás todo.

—No, ahora ha de ser; has clavado la duda en mi corazón, y no ha de moverme de aquí sin saber que eres tan pura como la Reina de los ángeles, ó sin haber castigado tu liviandad.

Y el rostro del contrabandista se puso amoratado; su mirada investigadora fija sobre Mariquita, como la de un juez acostumbrado á penetrar hasta los arcanos del pensamiento, comunicaba á la bella andorrana el temblor nervioso que agitaba los miembros de Antonio.

—Dicen que soy rica, dijo despues de una pausa.

—¿Y qué? ¿Por ventura te quise yo por el dinero.

—Noble...

—¿Y qué? ¿No es noble todo el que es honrado?

—Tengo padre...

—¿Y qué? ¿Alcanza el poder de los padres á extinguir un amor como el nuestro?

—Vendrá por mí...

—Y yo saldré á su encuentro...

—¡Al autor de mis días!

—Perdóname, estoy loco.

—¿Comprendes ahora la necesidad de apresurar nuestro enlace?

—¿Pero quién te ha dado esas noticias?

—Quien no tiene interés en engañarme; Valentin.

Antonio soltó una estrepitosa carcajada.

—Dijéraslo antes y nos hubiéramos ahorrado tanta conversacion.

—¿Cómo!

—Yo prometí á ese chupa-cirios que donde le encuentre he de molerle á palos.

—Explicame.

—A eso voy. ¿Antes que yo, no te quiso Valentin?

—Sí, pero nunca le hice caso.

—¿No te requebraba al volver de la fuente y en las eras?

—Sí.

—¿No te traje estampas y rosarios cuando fué en romería á Nuestra Señora de Montserrat?

—Sí.

—¿Y no te dice todo esto que Valentin ha inventado un cuento para retardar por algunos días nuestra felicidad?

—¿Es cierto!

—Mariquita, querida mia, tranquilízate, que yo me encargo de hacer callar á ese abejorro, si por su desgracia vuelve á importunarte con su zumbido.

Antonio estrechó en sus brazos á Mariquita, que rompió aquella frágil cadena con la ligereza de una silfida y alegre ya y confiada salió á la calle, donde había oído la voz de la tía Sabina.

La buena vieja volvía de un pueblo inmediato caballería en un escudillo jumentillo, cargada de años y de achaques. Al ver á Antonio, las arrugas de su apergaminado rostro se hicieron mas profundas, por efecto de una contraccion muscular; sus ojos verdes despidieron una chispa de enojo y desconfianza, y con voz cascada refunfuñó.

—Mal, muy mal has hecho, Mariquita, en abrir la puerta á nadie, no estando yo en casa.

—Es Antonio, contestó la joven ingenuamente.

—Ya lo veo, que no estoy ciega, á Dios gracias. Las muchachas que no saben guardarse de las tentaciones del demonio...

—Tía Sabina, interrumpió Antonio, déjese Vd. de filosofías, y pues ya no tiene remedio, paciencia; bastante reñiremos cuando sea Vd. mi suegra. ¿No es verdad?

—Tú lo echas todo á broma no tienes pizca de formalidad.

—¿Le parece á Vd. que me casaría, si no hubiera perdido la chabeta? Ea, vamos á ver esas galas y harémos las paces.

—¡Galas! ¡galas! repitió la vieja.

—De qué color es la saya? interrogó Mariquita.

—No traigo nada, ¿entiendes? Con que no me muelas á preguntas.

—Tía Sabina, mala yerba ha pisado Vd. hoy.

—O demasiado buena, eso es lo que tú no sabes.

—Si se prepara algun viaje, cuente Vd. conmigo.

—Uno me han propuesto; pero...

—¿Pero qué?

—No es cosa para ti.

—Entonces no se necesitará quien conozca palmo á palmo esas montañas, quien sepa batiarse como un león y morir si es preciso al lado de los fardos.

—¿A qué hora cenar en tu casa?

—Comprendo: quiere Vd. que me vaya.... Arrieritos somos. Hasta mañana.

El joven contrabandista cambió con su amada una mirada de inteligencia y se alejó renegando de todas las viejas habidas y por haber.

—¡Jesús! gracias á Dios que se fué; estaba en brasas.

—¿Porqué se muestra Vd. tan enojada con el pobre Antonio?

—Porque de un instante á otro van á venir por tí. Ya es tiempo de que sepas que yo soy tu nodriza y no tu madre, y que tu padre, á quien creía muerto hace muchos años, quiere reconocerte y llevarte á su lado. ¿Pero, niña, no me oyes? ¡Cómo lagrimitas! Es natural... tambien yo... á pesar mio... lloro de alegría. Vamos; calma. Para resignarse á ser rico se necesita tanta fuerza de voluntad como para resignarse á ser desgraciados.

—¡Oh!... ¡oh!... exclamó Mariquita.

—¿No me olvidarás, eh? ¿Cuando vayas en carreta por esos mundos, te acordarás alguna vez de la pobre viejecita que te ha querido como á una hija, que ha partido su pan contigo, que por tí se hubiera dejado matar?

—¡Madre! ¿Y mi madre?

—Ha muerto.—Vamos, no seas chiquilla, y prepárate á recibir á tu padre con esa carita de Pascua que Dios te ha dado. Que el buen señor no te encuentre hecha una Magdalena, como si te hubiera sucedido una gran desgracia. Enjuaga esos ojos, arréglate el pelo...

Mariquita se pasó la mano por la frente, como para borrar un pensamiento poco grato, y comprimió por algunos instantes los sollozos que pugnaban por salir de su pecho. Despues miró á la tía Sabina con la expresion del dolor mas profundo, aunque fingiéndose serena, y le dijo:

—Antonio tiene mi corazón y mi palabra de ser su esposa.

Lo sé.

—¿Y cree usted que mi padre se opondrá á esta boda?

—¿Qué duda tiene? ¡Un señorón de tantas campanillas como él, permitir que su hija única se casara con un jornalero, que no tiene mas que la noche y el día! Mira, Mariquita, cada oveja con su pareja; lo demás es una tontería. Entónces como entónces y ahora como ahora; el que no baila al son que tocan, de fijo da un tropezon y se rompe el bautismo.

—Eso no puede ser. ¡Mi padre me llevará adonde quiera, pero hacermelo olvidar á Antonio, nunca! ¡Será mi marido en este mundo, ó en el otro!

—Ya me lo dirás cuando te veas rodeada de señoritos lujosamente vestidos, que no te dejarán á sol ni á sombra, que te ofrecerán con su mano títulos y riquezas que trastornan el seso. De joven estuve sirviendo en Barcelona y sé que lo malo se olvida pronto.

IV

A las tres de aquella misma noche se abrió sin ruido la puerta de la tía Sabina y salió un caballo diestramente dirigido por un hombre que llevaba á Mariquita en la grupa. Un adiós desgarrador como el de un reo de muerte, fué la única palabra que pudo articular la enamorada joven al despedirse de la vieja, que lloraba en el dintel. El caballo partió al trote.

—¡Dios me perdone lo que voy á hacer! gritó Antonio fuera de sí y echándose la escopeta á la cara, estuvo un momento inmóvil y luego desapareció.

Los ecos de las montañas repitieron muchas veces la detonacion.

Cuando Antonio tuvo que retirarse, cediendo á las indicaciones de la tía Sabina, llegó á su humilde vivienda disgustado y cabizbajo. Sus hermanos pusieron la cena en la mesa; pero él no probó bocado. De repente se levantó cogió su escopeta y sin acertar á explicarse el porqué, se puso en observacion no lejos de la casa de su prometida. A media noche vio llegar al misterioso viajero, escuchó el diálogo que tuvo con Mariquita, cosiéndose, por decirlo así, á la puerta, y decidió oponerse á todo trance á aquella separacion.

El caballo salió al galope despues del disparo. Antonio rompió la escopeta contra un árbol y lloró como una mujer. Así le sorprendió la primera luz de la mañana mas risueña y apacible de los climas meridionales. Hay algo de insultante en la calma de la naturaleza para el hombre que tiene el corazón desgarrado por el dolor. El que llora, quisiera que el cielo, la tierra, las aves y los brutos lloraran con él. Nunca se cree el hombre tan pequeño como cuando se ve que sus sinsabores no alcanzan á empañar ni el purísimo azul del firmamento, ni los brillantes matices de las flores, ni el armonioso canto de los pájaros.

El contrabandista no volvió á Andorra, pasó la frontera y entró en España, resuelto á comprar con su sangre una posicion que le hiciera digno de Mariquita, en el concepto de esta nueva sociedad en que vivimos. La ocasion no podía ser mas á propósito para el logro de sus deseos, porque el genio del mal habia llamado por entónces sobre la noble España los horrores de la guerra civil.

Antonio fué un héroe en las filas carlistas; los periódicos de aquella época refieren sus hechos de armas, que le dieron en ambos campos justo renombre de hábil é intrépido capitán.

—A la conclusion de la guerra era brigadier, nos dió la tarde que nos contaba este episodio de su vida, sentados los dos al rededor de una mesa del café Suizo de Burdeos, con el general Gomez y otros personajes de la emigracion carlista.

—¿Y Mariquita? preguntamos.

—Cuando tuve el entorchado fui á buscarla: habia muerto de pesar, sin saber que yo estaba batiéndome un año y otro año para subir hasta ella. ¡Tambien hay ángeles aquí abajo!